

EL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

¿Escritura para el fin de los tiempos o final de las escrituras?

En nuestros días existe mucha confusión en torno a lo que significa el término «apocalipsis». Se lo confunde comúnmente con la «escatología», con aquella situación definitiva que hace relación al «fin de los tiempos». Toda esta interpretación puede resultar muy alienante y escapista; puede dar pie a una justificación del poner la mirada en el futuro para desentenderse de los problemas de cada día. El presente artículo, a partir del estudio de la estructura del libro del Apocalipsis de San Juan, hace ver, de un modo muy sugestivo, cómo dicho escrito no tiene nada que ver con el anuncio del fin de los tiempos sino que se refiere a las realidades actuales y a las actitudes concretas que el cristiano debe tener en cuenta para superar las dificultades y desesperanzas de cada momento.

L'Apocalypse de Saint Jean. Escriture pour la fin des temps ou fin des Ecritures?
Lumen Vitae, 39 (1984) 419-430

Resulta difícil presentar brevemente el último libro del nuevo testamento, sobre todo tenerlo que hacer en un contexto general poco apropiado como es "el fin de los tiempos". El Apocalipsis está muy lejos de dicha preocupación puesto que, no por ser el último libro del canon de las Escrituras está obligado a hablar del fin del cosmos. Los teólogos han acuñado el término "escatología" para hablar sobre el fin de los tiempos; los exegetas han usado este término, y creo yo que equivocadamente, en sus comentarios del Apocalipsis.

Lo que quiero decir a continuación es que el Apocalipsis trata de cuestiones muy actuales en el momento en que se escribió así como para los hombres del mundo actual. En realidad el libro remarca actitudes concretas que el cristiano debe tener frente a ciertas realidades terrenales permanentes. Predecir el futuro, por tanto, no es la función del Apocalipsis.

INTRODUCIRSE EN EL APOCALIPSIS

Para comenzar digamos que un "apocalipsis" es una revelación del misterio de la historia en cuanto que ésta interpela al creyente. Siempre subsistirá una cierta oscuridad; pero, de alguna forma, se pueden clarificar las confusiones del mundo y de la historia tal como fueron vividas en una época determinada, y ésta es una de las funciones principales de un "apocalipsis". A menudo, se trata de una forma literaria que testimonia la lucha de los militantes de la fe, que intentan resistir los asaltos o embates del mundo que les oprime injustamente.

El Apocalipsis atribuido a san Juan es, pues, un mensaje de esperanza, valor y atracción para los militantes de la fe, preocupados por la amenaza de la persecución. De ahí que en este libro se usen los convencionalismos propios de la literatura apocalíptica, que son los siguientes.

1. *La pseudonimia*. Como medida de prudencia, un escrito de "resistencia" nunca lleva el nombre de su autor. En el libro del Apocalipsis, se menciona cuatro veces a Juan como autor. Seguro, pues, que no lo es; pero sí, uno de su escuela lleno de su espiritualidad y teología.

2. *La pseudo-localización*. Cuando un escrito corre el riesgo de caer en manos del poder opresor, se suele omitir la dirección. En esta ocasión, Patmos es un lugar simbólico escogido por ser el promontorio desde el cual se divisa el hemicírculo de las siete iglesias de Asia a las cuales está dedicado el libro. Es probable que el libro provenga de la provincia proconsular de Asia: la región de Efeso y Pérgamo.

3. *La pseudo datación*. Las fechas del Apocalipsis, como la de todos los libros apocalípticos, no corresponden a la realidad. Parece que fue escrito durante el reino de Nerón (54-68); en realidad, la edición que tenemos es del final del reinado del emperador Domiciano (81-96),

Los dos primeros procedimientos literarios (nombre y dirección falsos) permiten evitar que la censura de los opresores identifique al autor de los escritos subversivos. La datación anterior, por su parte, hace que parezca que ya no tiene interés. Pero en realidad el autor, al situarse en un pasado más o menos lejano, quiere recordar que la historia está llena de pruebas, de las cuales la Iglesia -de Israel o de Cristo- ha salido victoriosa; se convierte así en fermento de esperanza para hoy y para los siglos venideros.

4. El criptograma. Uno se pregunta el porqué del uso de imágenes simbólicas difíciles de entender y que forman la trama literaria del escrito apocalíptico. No obstante, para interpretar el pensamiento del Apocalipsis basta conocer las imágenes empleadas en las escrituras judías.

Y aquí está la respuesta al subtítulo "El Apocalipsis, ¿escritura para el fin de los tiempos o final de las Escrituras?". El libro está colocado al final de las Escrituras porque sólo se puede captar su mensaje después de haber leído los otros libros. Veamos el ejemplo de Ap 5,1: "Vi también sobre la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos". Se trata de un librito puesto sobre la mano derecha, es decir, disponible y ofrecido al que lo quiera leer o proclamar. La mano derecha es símbolo de acción liberadora (queda excluida la política) y de orientación (cuando se mira hacia el oriente, la derecha es el Sur: espacio caluroso y soleado). El libro está escrito por el *anverso* y el *reverso*, y está claro que, enrollado como está, sin abrirlo, sólo se pueden descifrar algunas líneas: es el misterio de la historia cuya trama leemos superficialmente, pero que comprendemos mejor si desatamos los sellos. Dicho de otro modo, es necesaria la mirada de la fe para poder comprender los acontecimientos que nos favorecen o nos convierten en víctimas.

La razón de este simbolismo constante es doble: a) no es más que un lenguaje codificado y asequible a los destinatarios (los que conocían las escrituras) y confuso para los censores del régimen político. b) se trata de universalizar el mensaje. Por ejemplo: las comunidades cristianas *,on perseguidas por el emperador Domiciano desde Roma. Se trata de animar a los creyentes de aquellas iglesias de Asia y decirles que un día, Roma caerá por su maldad. Y sin embargo, Roma no es mencionada sino

por medio de su símbolo, Babilonia, de la que se dice que resurgirá. Deben prevenirse, pues, siempre renace el monstruo, el dragón, llámese como se llame.

5. *La simbólica de los números.* Está muy generalizada en el Apocalipsis. Las cifras fundamentales son el 7 y el 12, con sus múltiplos y submúltiplos. El 7 es la cifra estructurante. Bíblicamente se descompone en 3 + 4. El 3 es la cifra de Dios, el Creador. Recordemos a los 3 visitantes de Abraham (Gn 18,2). Toda acción repetida tres veces alcanza una especie de "absoluto" (cfr. la triple negación de Pedro y luego su triple confesión de amor (Jn 18 y 21) o el "trisagion" de Is. 6,3). En cambio el 4 es la cifra de lo creado, de la criatura, del mundo (los 4 puntos cardinales, los "cuatro vientos" de la tierra, "los cuatro rincones del mundo", según la expresión de los profetas). Decir *que* $3+4=7$ o $3 \times 4 = 12$ es expresar la alianza o re-conciliación entre el Creador y las criaturas, entre Dios y el hombre hecho a su imagen. Por el contrario, las cifras 31/2 y 6, división de 7 y 12 expresan la ruptura entre Dios y el hombre, la anti-alianza; simbolizan el mal. También se deben comprender así "42 meses" (Ap 11,2 y 13;5) que corresponden a 3 años y medio la mitad de 7 y *los* 1.260 días (Ap 11,3; 12,6) que corresponden a 42 meses de 30 días.

Está claro, pues, que la matemática del Apocalipsis es reveladora de un mensaje aunque se debe usar con extrema prudencia.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

Los exegetas no están de acuerdo sobre el esquema del Apocalipsis. Muchos de ellos se empeñan en reconocer los diferentes estratos literarios del libro. No obstante, la Iglesia, depositaria de la revelación escrita, nos ofrece el Apocalipsis como obra definitiva, puesta a punto por un creyente que pretendía proponer a nuestra fe el libro que acaba nuestras biblias. También yo quisiera suscitar el interés por una investigación más profunda de dicho libro.

Creo que para encontrar el esquema de un escrito con rasgos semíticos, el único método digno de fe es examinar atentamente el vocabulario, las imágenes empleadas, las fórmulas, etc.

Ya hemos hablado de la presencia en el texto de unos septenarios: las siete letras, las siete trompetas, etc... Es como si el Apocalipsis quisiera ser un documento de alianza, una llamada apremiante a la renovación, a la profundización de la unión entre el Creador y sus criaturas. "Siete" es la comunión con Dios y, repetidamente, esta cifra vuelve a aparecer como aviso: es verdad que nuestras comunidades son perseguidas, pero no caigamos en el desaliento, pues los tiempos van a cambiar, ha llegado la hora de volver a afirmar nuestra fe en Dios y en su Cristo.

En la redacción del Apocalipsis hay cinco septenarios precedidos de un título, que acaba en una bienaventuranza (1, 1-3): "Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el momento está cerca". El Apocalipsis se nos presenta pues, como mensaje de felicidad y no como visión dramática del fin de los tiempos. Además, el hecho de mencionar un lector (en singular) y auditores (en plural) hace pensar en una asamblea litúrgica durante la cual se tendrá que leer y

comentar el texto. La salutación que sigue (1, 4-8) tiene también unos rasgos muy litúrgicos.

La conclusión (22, 6-21) sigue la misma línea. Al leer estos dos textos de introducción y conclusión, que constituyen una verdadera "inclusión" descubrimos un ambiente de serenidad, confianza y atracción: el de una verdadera liturgia esperanzada.

Entre la introducción y la conclusión, cinco septenarios casi idénticos, forman el cuerpo del mensaje. Están compuestos por una visión preparatoria que va seguida del septenario propiamente dicho, que acaba con una liturgia. El tercer septenario, central, es el más importante y algo más complicado; el quinto y último acaba sin liturgia ya que evoca el Reino, la "nueva Jerusalén", donde no hay templo ni altar.

Primer septenario: las siete cartas (Ap 1,9 - 4,11)

La visión solemne del hijo del hombre (1,9-20) presenta al que hablará a las 7 iglesias, es decir, a todas las iglesias. Su descripción es fastuosa y da una síntesis cristológica, remarcando la vivencia y predicación a finales del siglo primero.

Sigue con siete cartas dirigidas a unas iglesias determinadas y muy personalizadas, pero que tienen gran interés para las otras comunidades cristianas de Asia y de otros lugares, tanto del siglo I como del siglo XX. Su plan es riguroso pero no monótono. Cristo se dirige a cada parroquia, usando los títulos que le son peculiares, según las circunstancias y modos de vida.

Si es necesario, exhorta a la conversión (no lo hace en las cartas dos y seis). Las epístolas terminan con una promesa de recompensa cuyo significado será desarrollado en el quinto septenario.

En términos generales, toda carta es una comunicación, una escritura, y, si se trata de revelación, una Escritura, una palabra estabilizada a la cual se puede remitir siempre para ver si la vida de una comunidad de fe está de acuerdo con el evangelio, particularmente en épocas de crisis. El carácter de las cartas, tanto como la mención de destinatarios, precisan aquí, que se trata de una eclesiología, una enseñanza determinada acerca del carácter y la vida de las comunidades cristianas.

El fin de las cartas es claro. En tiempo de persecución, el autor de estos mensajes alienta a sus parroquias, les indica, con suma delicadeza, cuáles son sus cualidades y deficiencias, les recuerda cómo debe ser su fortaleza, esperanza y forma de vida, subrayando que un ángel, - el de Efeso, de Esmirna, etc...- les espera al final del camino. El vidente convoca a un ideal de vida cristiana aunque es consciente de que es muy difícil en los tiempos que corren.

El capítulo 4, que concluye esta sección, presenta una liturgia celestial en la que las doce tribus de Israel y los doce apóstoles de Jesucristo, -los 24 ancianos- cantan su felicidad al contemplar que las iglesias cumplen aquello que se les ha dicho y terminan exclamando que si todas las iglesias vivieran así, el mundo entero (los cuatro vivientes) se convertiría y aceptaría la realeza de Dios sobre él.

Segundo septenario: los siete sellos (Ap 5,1 - 8,1)

El sello permite identificar el autor de un documento e invita a pensar en su importancia por estar sellado. Dirigido a un tercero, el documento llegará a la plenitud de su valor, cuando sea publicado oficialmente. En nuestro texto, Cristo recibe el mensaje y acepta revelarlo. El autor del librito es "el que está sentado en el trono", el mismo Dios. Comprender el contenido del libro resulta fácil. Se establece una especie de balance del mundo. Sin nerviosismo ni ingenuidad, el autor resume lo que nosotros mismos encontramos en los periódicos, y añade su punto de vista teológico, que cree necesario. La palabra de Cristo, que monta un caballo blanco para traer el signo de la alianza, purifica nuestro mundo. Los demás jinetes, portadores de injusticias y violencia, vienen a contrarrestar la gestión divina, mientras los santos rezan con ahínco, intercediendo por el mundo. El conflicto entre los valores evangélicos y las apuestas del mundo deja sentir su presencia constante, también en nuestros días.

Tercer septenario: las siete trompetas (Ap 8,2 - 14,5)

Es el septenario más largo por ser el más importante. Estamos en el centro del Apocalipsis: el descubrimiento y la revelación alcanzan su meta.

Bíblicamente, la trompeta es un cobre para el arte de guerra. Se entrega a un soldado que, al recibir la orden del general que dirige la ofensiva, dará la señal de combate, para que haya cohesión. Más tarde, la trompeta pasa del arsenal de guerra a la liturgia del templo de Jerusalén, donde un levita, bajo la orden del sumo sacerdote, indica cuándo tienen que empezar las procesiones o prosternaciones. Esta sección de las trompetas pone en movimiento para una acción.

Ante todo, el septenario de las trompetas va a describir, en tres actos, el desconcierto del mundo, frente a la encarnación de Dios: primero la predicación de Jesús a la tierra y mares (10); luego la muerte y resurrección del testigo (11) y, por fin, el anuncio maravilloso de la encarnación, vista teológicamente a la luz de la fe pascual.

En este septenario, la escena de la reapertura del arca de la alianza es la visión más impresionante (11,19); también la aparición de la mujer majestuosa en el cielo, aunque con dolores de parto. La mujer, coronada de estrellas, símbolo de reagrupamiento de todo Israel, va vestida de las dos lumbreras creadas el cuarto día para señalar las solemnidades (Gn 1,14ss), con el fin de reconocerla como madre de la alegría y del autor de la salvación del mundo.

En cuanto el dragón y sus dos asistentes, las bestias de la tierra y del mar, indican el peligro que representa para todos los cristianos un estado totalitario y despótico, tal como Roma en tiempo del emperador Domiciano; nos invitan a vigilar siempre, para seguir fieles a nuestro compromiso cristiano a pesar de las presiones del poder civil.

Es éste el septenario de la alianza a la cual nos convida " el niño varón " amenazado por el dragón, pero arrebatado a la gloria, cerca de Dios.

Cuarto septenario: las siete copas (Ap 14,6 - 19,8)

Tenemos siete ángeles, cada uno con una copa. Esta, en sí, es un signo de comunión. El vaso lleno de vino que pasa de mano a mano en las comidas judías, manifiesta y significa la comunión de todos los comensales, como debería ser en nuestra eucaristía. Si uno de los convidados pasa la copa sin haber bebido de ella, ésta se transforma en signo de descomunión o excomunión. Bíblicamente, ya no se habla entonces de copa de vino, sino de ira.

Frente a este Dios que deja el cielo para estar entre los hombres y darnos un mensaje que se hace incomprensible a nuestra limitada condición -por ejemplo, el de las bienaventuranzas- ¿qué hará el mundo? Se desolidarizará de este Dios terrenal, misionero de palabras opuestas a todas las pretensiones humanas, que lo son a costa del vecino. La ruina de Babilonia (18) expresa muchas cosas. El autor del Apocalipsis es un ciudadano, un cristiano que ama la ciudad y lamenta su caída. Con un lirismo extraordinario, llora sobre esta ciudad simbólica que rechaza a Dios y se encuentra condenada a la destrucción. Toda ciudad, pueblo, civilización y gobierno que se oponen a los valores humanos, se perderán.

El cuarto septenario, y su paralelo, el segundo, habla firmemente de las dificultades y absurdidades de este mundo. También recuerda cuán peligroso es para los cristianos vivir bajo regímenes políticos en contradicción con el evangelio. Anuncia el fin del mundo ya que éstos engendran gérmenes de muerte, de valores antievangélicos, con sus preocupaciones totalitarias o demagógicas.

Quinto septenario: las siete visiones (Ap 19,9 - 22,5)

Las visiones finales tratan de dos temas: a) El encadenamiento de Satanás durante mil años (Ap 20) - forma simbólica de expresar un tiempo larguísimo. Satanás había tentado a Adán y Eva. Estos atribuyeron la responsabilidad del pecado a la serpiente. Ahora - según el Apocalipsis- esta justificación ya no es posible: Satanás está encadenado hasta el fin de los tiempos. Tenemos el evangelio, podemos aceptarlo y hacerlo vida. Cristo ha derrumbado a Satanás (Un 12,31) y ya no podemos dar a éste la culpa de todo.

b) El tema de la nueva Jerusalén. ¿Cómo construir ciudades según el plano de Dios, en las cuales se pueda vivir? De aquí podría surgir una pista de reflexión puesto que el Apocalipsis es una obra procedente de un cristiano del "centro urbano".

DINÁMICA DEL LIBRO

He intentado abrir caminos y sendas en la selva del Apocalipsis. Es importantísimo conocer el terreno y el itinerario que se tiene que seguir.

Quisiera, no obstante, terminar con algunas consideraciones más teológicas y, al mismo tiempo, más enriquecedoras para la vida cristiana. Creo que tengo que presentar, ante todo, un cuadro, en el cual introduzco los cinco septenarios, requeridos -sin duda- por el paralelismo existente entre ellos y los cinco libros de Moisés (aspecto revelación-apocalipsis) y los cinco libros de los Salmos (aspecto litúrgico).

Primer septenario	Segundo septenario	Tercero septenario	Cuarto septenario	Quinto septenario
1,9 – 4,1 CARTAS	5,1 – 8,1 SELLOS	8,2 – 14,5 TROMPETAS	14,6 – 19,8 COPAS	19,9 – 22,5 VISIONES
=	=	=	=	=
Escritura	Revelación	Acción	Descomunión	Esperanza
La Iglesia A	El Mundo B	La Fe C	El Combate B'	La Victoria A'

Es importante leer atentamente este resumen para poder deducir la teología incluida en el esquema del Apocalipsis. Todo empieza por una lectura, una escritura visible y audible (A). Todo termina con una visión pura y sencilla del mundo de Dios (A'). Mejor dicho: todo lo que es visible ahora del rostro de Dios tiene relación con las escrituras. La Iglesia ocupa el primer lugar en los septenarios por ser la que debe dar sentido a la historia; pero la Iglesia (A) no se la puede confundir con la Jerusalén celestial (A') 'de la cual Dios sólo conoce el Misterio.

Por otra parte, la reflexión cristiana sobre el mundo y la historia de los hombres (B) hace pareja con la ruina de los estados opresores condensados en Babilonia (B'). A fuerza de sojuzgar en lugar de liberar, los poderes políticos se van a la hecatombe.

Esta autodestrucción de los estados tiránicos procede de su no aceptar el evangelio y todo lo que resulta de la encarnación de Dios en medio de nosotros (C). Aquí está el punto neurálgico de la historia y de la política también.

Es fácil entender que las casillas A y B revelan el dominio histórico y describen el trabajo de los hombres. En cambio, las casillas B' y A' pertenecen a la metahistoria; sólo se pueden percibir en el mundo de Dios. En el centro (C), Jesucristo aparece como la confluencia de las dos redes; es a la vez fruto del trabajo de los hombres, particularmente de Israel, y don gratuito de Dios, edificador generoso de la Jerusalén celeste. Es también el punto de encuentro de la historia y de la eternidad.

Tradujo y condensó: MAITE CABIÉ